

»Godoy describe el combate de Finisterre con ayuda de partes oficiales que creemos deber dar á conocer, para que se conozca detalladamente la historia de la ruina de la marina española que todavía no ha podido restaurarse. El combate fué en 22 de Julio de 1805. La escuadra combinada marchaba formada en tres columnas con rumbo al Este un cuarto á Sudeste.

»Descubriéndose á mediodía veintiuna velas, la mayor parte de navíos. Eran estos diez y seis, tres de ellos de tres puentes y dos rebajados. La escua-

dra combinada formó la línea de batalla mura babor, la española á la vanguardia, y á la cabeza de ella el general Gravina. Villeneuve ocupó el centro de la línea.

»Los enemigos maniobraban de vuelta encontrada, y buscaban, al parecer, doblar la retaguardia y ponerla entre dos fuegos; mas se viró en redondo por la contramarcha, y cubiertá ya aquella enteramente, el navío *Argonauta*, donde tenía arbolada su insignia el general Gravina, rompió el fuego con la vanguardia inglesa. La escuadra enemiga ciñó de



Batalla de Cabo Finisterre

nuestra misma vuelta, y se trabó el combate, empeñado á un mismo bordo sobre dos líneas paralelas. La espesura de la niebla creció de tal manera que se tiraba casi á tiento sin percibirse más objeto que la luz de fuego que se hacía cada parte. Duró el combate cuatro horas, desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. De las baterías de nuestros buques había continuamente cuatro balas en los aires. A aquella hora faltó el fuego de la línea enemiga; la oscuridad era tan grande que se hacía imposible verla; notábanse tan sólo sus señales de conserva, cada vez más retirada de nosotros; y en efecto por la mañana se la descubrió harto lejos á sotavento nuestro.

»Las ventajas que debió darnos el tener el barlovento no pudieron aprovecharse, puesto que fué imposible manejar por señales. Sin esta circunstancia nos habría sido muy posible cortar la línea inglesa. Bien lo quería Gravina, mas todos sus esfuer-

zos para hacerse entender, los impidió la niebla. Bien al contrario, la ventaja de tener el viento fué una gran desgracia para España. De nuestros navíos que estuvieron todos empeñados y eran los primeros de la línea, dos de ellos, el *San Rafael* y el *Firme*, derivaron sobre la enemiga. Hacia el fin del combate, en el momento de una clara, se vió á éste que ciñendo el viento con las velas mayores y las gaviás arriadas, se batía con dos navíos, desmantelado uno de ellos. El *Pluton*, navío francés que seguía en la línea, lo pudo descubrir más tarde y trabajó para ampararlo. Su bravo capitán M. Cosmao lo encontró ya desarbolado de sus palos mayor y de mesana, y se atrevió á cubrirlo contra el enemigo; mas el humo y la niebla hubieron de impedir que los navíos franceses que seguían al *Pluton* se hubiesen dirigido sobre sus mismas aguas. No lo hicieron. Cosmao puesto en gran peligro, solo contra tres navíos, tuvo que abandonar su generoso inten-

to. Salvó al menos el *España* que grandemente maltratado caía también á sotavento de la línea. El *San Rafael* no tuvo ayuda. Viéronle de algunos buques con sus mayores amuradas y desarbolado de los masteleros, que se batía constantemente. Daba también la suerte que aquel navío no era muy buen

velero y derivaba mucho; fué además que el honor empeñó á nuestros navíos á esfuerzos temerarios por sobrepujar á los franceses; sola especie de rivalidad con éstos que mostraron nuestros marinos en toda la campaña.

»Calder tuvo cuatro navíos desarbolados, y el



Batalla de Trafalgar

*Windsor Castle* y el *Malta* tan maltratados, que le costó un trabajo inmenso hacerlos arribar á Inglaterra. La escuadra combinada que esperaba el día para proseguir el combate, vió con pena, cuando el cielo estuvo claro, que el almirante inglés escapaba. Calder huía en desorden y nos tomó la delantera cerca de dos leguas. Cuando á las nueve de aquel día corrió la orden sobre toda la línea de dar caza al enemigo, las aclamaciones y los vivos con que fué recibida aquella orden, no dejaban dudar del

triumfo que debía lograrse si se alcanzaba á Calder. El viento era flaco, la mar estaba muy gruesa. Desde mediodía hasta las cuatro de la tarde, por más que se forzó de vela, se había ganado apenas una media legua sobre el enemigo. Imposible alcanzarlo sino á muchas horas de entrada ya la noche; mas seguía la caza, la mañana siguiente lo más tarde nos habría tenido encima. La fragata *Dido*, que la había reconocido desde cerca, vió que llevaba tres navíos á remolque, la mayor parte de la escuadra



grandemente maltratada. ¡Cuál fué la admiración y cuál la pena entre los nuestros, franceses y españoles, cuando el almirante Villeneuve se negó á seguir forzando vela por la noche! La mañana del 24 no se veían ya sino los mástiles de los navíos ingleses. Se prosiguió la caza con esfuerzos increíbles la mitad del día, pero desesperando ya de obligar al enemigo, se abandonó el empeño y se hizo vela para el Mediodía. Los vientos impidieron poder entrar en el Ferrol: hízose en Vigo la arribada felizmente.

«Uno y otro almirante, Calder y Villeneuve, faltaron á su patria, el uno huyendo, el otro dejándole salvarse. Calder fué puesto en Inglaterra al juicio de un consejo militar: su defensa consistió en probar que su escuadra estaba de tal modo maltratada el 25, que era cosa peligrosísima tentar otro combate. Mas á pesar de la probanza que hizo de esto, y de ser un marino de cincuenta años muy honrosos de servicio, su conducta fué declarada reprensible. Napoleón, ó por mejor decir su más íntimo ministro de Marina, se mostró más sufrido con el almirante Villeneuve...»

«Tal es la relación de Godoy del combate de Finisterre en el que, como dijo Napoleón, «los españoles se batieron como leones» y en el que Gravina, como reconoce Thiers, ejecutó sus movimientos con suma energía distinguiéndose por su intrepidez á la cabeza de su escuadra.»

Hasta aquí,—continúa Lanfrey,—Villeneuve había llenado sus instrucciones. Pero las perplejidades que desde la apertura de la campaña no habían cesado de sitiar su espíritu en razón de la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, y del conocimiento profundo que tenía de nuestra inferioridad marítima, fuera cada vez más vivas desde su regreso á Europa. El combate del Cabo de Finisterre fuera del valor individual demostrado por los marineros, le había plenamente confirmado en su antigua opinión que resumía en estos términos en una carta á Decres:—«Tenemos malos palos, malas velas, malas gavias, malos oficiales y malos marineros.» Pero todo esto era aún poca cosa; ahora sabía que Inglaterra estaba sobre aviso, sabía que todo el fruto de esta larga campaña á las Antillas, hecha con el objeto de llevar lejos de las costas de Francia, á las armadas inglesas, se había perdido. Nuestra concentración, en efecto, no estaba mucho más adelantada que en la época en que había abandonado á Tolón, pues no había podido reunirse ni con Missiessy ni con Gauteaume, y las escuadras que había querido arrastrar en su persecución, ó no habían abandonado á Europa, ó habían vuelto á ella al

mismo tiempo que él. Estaba, pues, seguro de encontrarla en su camino, ya fuera al salir del Ferrol, ya delante de Brest; en este caso consideraba la batalla como perdida, pero cualesquiera que fuera su resultado, por esto mismo que se había dado el alerta, el plan quedaba comprometido. Su colega Gravina pensaba exactamente lo mismo; y los sucesos no dejaron de darle razón.

Nelson estaba de vuelta en Gibraltar desde el 1.º de Julio; tan pronto pudo adivinar la dirección seguida por Villeneuve, se puso en disposición de ir á juntarse con Cornwallis delante de Brest á pesar de los vientos contrarios; operó su unión el día 15 de Agosto, le dejó ocho navíos, y con solos dos otros se dirigió á Portsmouth. La víspera, el 14 de Agosto, Calder presentó á Cornwallis nueve navíos de su propia escuadra, de modo que éste se encontraba al frente de una armada de 35 navíos. Dividióla en dos partes iguales el 17 de Agosto, y envió una fuerza de diez y ocho navíos para que fuera de nuevo á bloquear el Ferrol, quedándose con la otra para vigilar á Gauteaume. Independientemente de esas dos escuadras los ingleses tenían entre Brest y el Ferrol un destacamento de cinco navíos bajo las órdenes del almirante Stirling y multitud de avisos y de buques de todo tamaño para espiar los movimientos de la escuadra combinada.

Vióse Villeneuve obligado á prolongar su permanencia en el Ferrol y en la Coruña hasta el 11 de Agosto por la necesidad de reparar sus averías, de modo que no pudo darse á la vela con toda su escuadra hasta el 13 de Agosto. Si se hubiera dirigido sobre Brest antes de esta fecha como Napoleón impaciente le había prescrito, hubiera ido á chocar con sus veintinueve navíos los treinta y cinco de Cornwallis, y hubiera sido aplastado antes que Gauteaume hubiera podido moverse. Partiendo más tarde, no le quedaba mas que la probabilidad muy improbable de cruzarse en camino con la escuadra que Cornwallis enviaba para bloquearle en el Ferrol, bajo las órdenes de Calder; pero ¿qué probabilidad tenía de que pudiera ocultar su marcha á una escuadra que seguía exactamente la misma línea que él en un mar surcado por todas partes de cruceros enemigos que le seguían los pasos? Aún cuando se hubiese realizado este milagro, hubiera podido adelantarse á Calder delante de Brest, pero no en la Mancha á donde este almirante hubiera vuelto á toda prisa. Su salida de Brest por otra parte, no le era conocida, pues Calder no abandonó á Cornwallis hasta el 17 de Agosto, y Villeneuve debía razonar en la hipótesis de una triple unión entre Nelson,

Calder y Cornwallis. Salió, pues, del Ferrol preso de la irresolución, del descorazonamiento, y cediendo al peso de su responsabilidad, con el corazón lleno de angustias, pero de angustias patrióticas, pues si temblaba no era por él, como de sobras lo demostró en Trafalgar.

Gravina, quien, con tanta complacencia se le ha opuesto tantas veces, le seguía él mismo aterrado el corazón por las órdenes á las que era necesario obedecer, y según la expresión de Villeneuve «con la abnegación de la desesperación.» Tales disposiciones no podían conducir mas que á un desastre. Para mayor desdicha los vientos eran de nuevo contrarios; los buques maniobraban tan mal que varios de ellos se abordaron al salir del puerto; en fin, la escuadra era espíada por dos navíos de línea y varias fragatas británicas que no perdían uno solo de sus movimientos. En esta situación un buque mercante dió el aviso falso de la aproximación de una escuadra inglesa fuerte de veinticinco navíos, y ya desde este momento Villeneuve no vaciló; viró en redondo para el Sud, tomando vela para Cádiz, ó sea dejando á su espalda Brest.

«El apocamiento ó atolondramiento de Villeneuve fué tan grande, debía decir Lanfrey, que ni siquiera pudo llegar de nuevo desde el Ferrol hasta la cercana Vigo en donde había ahora llegado una escuadra francesa de cinco navíos y varias fragatas al mando de Lallemand, que no se atrevía á salir á causa del crucero inglés y á la que se dejaba entregada á su suerte. Sin embargo, no dejó de enviarle orden para que pasase á Brest, lo que sin duda creía tan fácil tratándose de un Lallemand como difícilísimo para Villeneuve.»

«La escuadra franco-hispana, — dice Godoy, — salió el 13 de Agosto del Ferrol y entró en Cádiz el 20 sin hallar enemigos que se opusieran á su marcha. Cinco ó seis navíos mercantes que halló tan sólo en el camino, fueron apresados. El almirante Collingwood cruzaba sobre Cádiz, pero con fuerzas inferiores en más de una mitad á las francesas y españolas. Villeneuve habría podido maniobrar muy fácilmente para cortar aquella escuadra y conseguir un bello triunfo; excusóse de probar esta fortuna por la incertidumbre en que se hallaba de las fuerzas que podría tener el enemigo. Pero en el mismo hecho de evitar su encuentro Collingwood y de dejarle entrar en Cádiz, pudo haber colegido que carecía de medios suficientes para empeñar una batalla. Y era así que Collingwood se hallaba sin los refuerzos necesarios. El almirantazgo inglés mandó acudirle con la escuadra de sir Roberto Calder y con los navíos

de Nelson que éste había dejado á lord Cornwallis, pero se pasó algún tiempo en carenarlos y en ponerlos á la vela. Después fué dada á Nelson el mando de estas fuerzas. Éste se puso al frente de ellas el 29 de Setiembre.

«Cuando llegó la escuadra combinada á Cádiz se dirigió á Madrid el general Gravina para dar cuenta de lo hecho hasta aquel día y recibir las instrucciones del gobierno. Los proyectos nuevos adoptados le parecieron los más propios y adecuados en aquellas circunstancias; pero añadió que Villeneuve no era el hombre para el caso. Dijo que le faltaba la energía de voluntad, la prontitud del ánimo y aquel arrojo militar que decidía los triunfos y aseguraba los sucesos en los instantes críticos; que era valiente y esforzado, pero irresuelto y tardo para el mando, pesando el pro y el contra de las cosas como quien pesa el oro, queriendo precaver todos los riesgos hasta los más remotos, y no sabiendo dejar nada á la fortuna. En cuanto á su pericia y sus conocimientos, decía que Villeneuve aventajaba á muchos de su tiempo, pero apegado enteramente á las teorías y á los recursos de la vieja escuela de marina, muy difícil de acomodarse á las innovaciones de la marina inglesa, porfiado en sus ideas, é inaccesible casi siempre á los consejos que dieran de sus principios y sus reglas. Decía, en fin, que Villeneuve, dominado por el terror cerval que le oprimía de disgustar al emperador de los franceses, y teniendo siempre fijo el principal encargo que este le había hecho de atender sobre todo á la conservación de las escuadras, y de evitar un triunfo á los ingleses, era por esta causa mucho más tímido en sus resoluciones, y que esta timidez mal comprendida en sus motivos, le tenía ya sin crédito en la armada, mal mirado igualmente por españoles y franceses.

«No era en efecto Villeneuve el hombre que debía oponerse á un marino como Nelson. A Gravina le encomendé que entretuviese por su parte, cuanto le fuese dable al almirante Villeneuve para evitar todo combate que la seguridad de Cádiz ó el honor de las armas aliadas no hiciesen necesario enteramente; díjole que en breves días sería reemplazado Villeneuve, que guardase bien este secreto, que tuviese siempre el mismo buen acuerdo que hasta entonces había observado con aquel almirante, y que en todo caso extremo que pudiera sobrevenir en aquel corto tiempo, como no fuese una locura, que por cierto no debía esperarse de la circunspección ó timidez de Villeneuve, le asistiese constantemente, por manera que el malogro ó la pérdida de cualquier coyuntura favorable que ofreciesen las cir-